

IV. *AUT, AUT VS. ET, ET*

He propuesto, en los capítulos anteriores, una serie de opciones. O filósofo consciente o persona inconsciente, que repite las ideas de otro; o jurista profundo, que va a las causas de las cosas y a los principios, o simple leguleyo que se aprende de memoria algunas leyes y tramita papeles sin saber su porqué. O ser un Sócrates, con voluntad de verdad, o un Calicles, un sofista escéptico, con voluntad de poder y éxito. Son opciones radicales: *aut, aut*. Mas ahora me permito un paréntesis para introducir matices en las opciones que veremos después.

En nuestra actitud filosófica, o incluso en nuestra vida, en nuestra actitud vital, la cuestión es: ¿siempre esto o lo otro, o no es más bien esto y lo otro? Las palabras *aut, aut* (o, o) y *et, et* (y, y) nos confrontan con una opción más enredada, en la que quizá optar es negarse a optar. ¿Tenemos que ser personas que siempre están optando, en un continuo “o esto o lo otro”, o el filósofo más bien una realidades que aparentemente son contrarias, mediante un sabio “y esto y lo otro”? La vida se nos presenta tantas veces llena de dicotomías: ¿tengo que ser liberal o conservador?, ¿de izquierda o de derecha?, ¿optar por la libertad o por la igualdad? Se nos presentan muchas disyuntivas también en filosofía y en teología. Mas he aquí la paradoja: si digo que no hay que optar entre una cosa y la otra, sino que hay que integrar una cosa y la otra, estoy optando por el *et, et*. Tal es, en realidad, la actitud universalista del filósofo: la apertura a toda la verdad y a todos los destellos de la verdad. Al mismo tiempo, sin embargo, el amor a la sabiduría puede exigir algunas opciones sin matices, totales.

En el terreno de la teología católica —el punto de armonización de todos los saberes en una universidad católica—, también se produce la paradójica disyuntiva. El catolicismo está en la línea de la filosofía tradicional, del *et, et*: unir cosas que a primera vista podrían parecer contrapuestas. La mayoría de las herejías que se han derivado del catolicismo han optado por el *aut, aut*. ¿Esto o lo otro? ¿Espíritu o materia? El materialismo responde: “¡Todo es material! El espíritu es algo irracional, es un producto de la imagi-

nación, una proyección neuronal”. También ha habido, en sentido inverso, corrientes espiritualistas: “Todo lo que hay es espíritu; lo que nos parece materia no es más que una proyección del espíritu absoluto”. En cambio, frente a ese brutal *aut, aut*, ¿qué dice la filosofía clásica? ¿Qué dice luego el cristianismo? Las dos cosas: espíritu y materia, en armonía, compenetradas.

¿Dios o el hombre? Los ateísmos más potentes de los siglos XIX y XX (Feuerbach, Marx, Nietzsche, Sartre) responden con un *aut, aut*: “Si afirmamos a Dios, no hay espacio para la autonomía del hombre”; “si afirmamos la gloria del Creador, no hay espacio para la felicidad humana”. Por lo tanto, ese tipo de ateo dice: “Aquí estamos nosotros, los hombres, y queremos nuestra felicidad, nuestra libertad; entonces no puede haber Dios”. En cambio, el filósofo clásico y el cristiano afirman *et, et*: Dios y el hombre; Dios engrandece al hombre, no lo limita, sino que lo exalta hasta la cúspide de su dignidad tantas veces desconocida o mancillada en nombre de la ausencia de Dios.

¿Ley o libertad? Donde hay ley —así razona el hombre del *aut, aut*—, hay una regla que se impone desde arriba o desde afuera (heteronomía); por lo tanto, no hay libertad, mientras que, donde hay libertad, es porque no hay ley. Por el contrario, quien rechaza ese *aut, aut*, quien afirma el *et, et*, defiende a la vez la ley y la libertad: ¡donde no hay ley, no hay libertad! ¿Por qué? Porque no hay un orden en el cual se pueda ejercer la libertad. Los más fuertes imponen su libertad a los más débiles. Y viceversa: ¡donde no hay libertad, no hay ley! ¿Por qué? Porque la libertad —la posibilidad de elegir cursos de acción diversos, incluso algunos erróneos— hace posible y necesaria la ley, para orientar hacia el bien a quien puede de hecho obrar de otra manera.

Hemos de ser, en consecuencia, cuidadosos ante las dicotomías absolutas, que pretenden que siempre hay una opción radical entre las cosas. Normalmente, incluso hasta en las filosofías más erradas o, en el terreno teológico, en las herejías más estrambóticas, hay algo importante, un grano de verdad que se ha descubierto, que esa filosofía o la herejía escinde del resto de la verdad y lo absolutiza. Parafraseando a Chesterton se ha dicho que *el error es una verdad que se ha vuelto loca*. Este gran sabio y converso inglés afirmó, en *Ortodoxia*, una de sus obras maestras: “Pudiéramos decir que el mundo moderno está poblado por las viejas virtudes cristianas que se han vuelto locas”.⁴⁹ Uno de los errores modernos más difundidos —por poner

⁴⁹ Chesterton, Gilbert Keith, *Ortodoxia*, trad. de Alfonso Reyes, Barcelona, Alta Fulla, 1988, p. 54.

un ejemplo— es el liberalismo en todas sus formas. Ciertamente, se trata de una ideología que tiene muchas variantes. Un amigo me ha urgido: “¡No hables de *el* liberalismo, como si fuera una sola cosa; yo soy liberal como Kant, pero esto no es ser liberal relativista, como otros”. Y tiene razón: muchas versiones del liberalismo no son relativistas, ni escépticas. Si vamos a hacer matices, es verdad que hay muchas versiones del liberalismo; pero todas ellas convienen en algo capital: tienen como valor supremo la libertad. Exaltan tanto la libertad, que en algún momento la desvinculan o del orden o de la verdad. Les parece que la verdad es opresora, que limita la libertad, y entonces esa defensa de la libertad se convierte en ideología, una ideología que absolutiza la autonomía de la voluntad, o que, cuando menos, acepta límites fundados únicamente en la libertad, jamás en la verdad. ¿Por qué es tan atractivo el liberalismo? Porque, cuando uno se enfrenta con sistemas totalitarios —como nos ha pasado hace no tantos años—, uno no es liberal, pero va a ir de la mano con los liberales para combatir al régimen totalitario en defensa del bien precioso de la libertad. Si yo estuviera en un país dominado por nazis, estaría ahí, clandestinamente, actuando con personas que son liberales, que quizá no creen en la verdad, pero que creen en la libertad, mientras que los nazis no creen en ninguna de las dos cosas. El liberalismo es atractivo porque la libertad es, tal vez, el don más grande del creador al hombre; es algo bueno, pero, al desgajarlo de la verdad, se demuestra como una libertad destructiva, y enseguida vienen las reacciones contrarias por causa de los abusos de la libertad.⁵⁰

La herejía y el error filosófico adoptan una verdad y la absolutizan. La actitud filosófica es volver a unir esa verdad, penosamente desvinculada, con todas las otras: *et, et*, una cosa y la otra. Así se entiende que, respecto de estas opciones que proponemos,⁵¹ siempre se pueda decir “hay algo de verdad en la otra posición” (incluso en la del miserable leguleyo tramitador y burocrático, que ninguno de ustedes quiere ser). Aunque haya una opción entre la filosofía consciente y la inconsciente,⁵² es verdad que la mayor parte de la gente no tiene ni la capacidad ni el tiempo para leer a todos los autores filosóficos. Tendrán que conformarse con una filosofía menos consciente, menos explícita que la que tiene gente que goza de más tiempo para leer, como los estudiantes universitarios. Lo mismo vale para los abogados. Es

⁵⁰ Hemos ofrecido una visión crítica de las luces y sombras del liberalismo político en Orrego, *La doble cara del liberalismo político*, *cit.*, especialmente en pp. 19-30 (ed. 2016).

⁵¹ *Cf.* caps. I-X.

⁵² *Cf.* *supra* cap. I.

verdad que es mejor ser un jurista, que conoce todos los principios a fondo, que un abogado tramitador y nada más.⁵³ Aunque es verdad que debe haber una gran masa de abogados tramitadores, ojalá que de estos haya muchos que logren salir a la superficie, que logren respirar aire puro de vez en cuando, es decir, el aire de los principios, incluso en las opciones que parecen más dicotómicas.

Vuelvo, pues, a la paradoja mencionada más arriba. La autorreferencia presente en la opción que sirve de título a este capítulo. Si presentamos la opción como *aut*, *aut vs. et, et*, hemos visto que se ha de optar por el *et, et*, es decir, por unir los conocimientos dispersos, las verdades que a veces se vuelven locas, en una armonía más profunda y plena. Sin embargo, parece que me estoy contradiciendo, porque estoy optando por esto en contra de esto otro; estoy optando por el *et, et* en contra del *aut, aut*. Me parece que podemos resolver la paradoja de la siguiente manera. Una filosofía universal —lo mismo que, en el terreno teológico, el catolicismo— es una filosofía del *et, et*, que une los aspectos aparentemente opuestos que se encuentran en la realidad; pero esta universalidad no se opone a que, en algunas ocasiones, nos encontremos ante un auténtico y radical *aut, aut*. El *et, et* más incluyente posible admite entre sus posibilidades el *aut, aut*. No puede haber complicidad entre el bien y el mal, entre la justicia y la injusticia, entre la verdad y el error. ¿Qué significa eso? Que cuando nos enfrentamos a esas opciones, la única actitud correcta es el *aut, aut*. Si yo me doy cuenta de que algo es erróneo, tengo que decir que no. Si en mi deliberación como agente moral se me presenta la posibilidad de hacer algo que sé que es malo en sí mismo, ahí la respuesta no puede ser voy a cometer este crimen a medias, como si la fidelidad matrimonial admitiera cometer adulterio equilibradamente, hasta cierto punto. ¡No! La respuesta debe ser no, porque respecto de determinadas acciones y pasiones, como dice Aristóteles, no hay un justo medio, así como donde hay término medio virtuoso no cabe exagerar y siempre se puede ser mejor: “No existe término medio del exceso y del defecto, ni exceso y defecto del término medio”.⁵⁴ No cabe decir: “Voy a estafar, pero hasta la mitad nomás”. No, porque ante tales tentaciones —por eso son tentaciones— la respuesta es que te mantienes en el camino recto o te sales del camino. Entonces, en el terreno especulativo y en el práctico, nos encontramos de frente con un auténtico *aut, aut*, aunque en un sistema erróneo haya

⁵³ *Cfr. supra* cap. II.

⁵⁴ *EN*, II, 6, 1107a25.

algo de verdad y en el adulterio y la estafa haya algo de bien, que atrae a la voluntad (el placer, el dinero: no el bien moral).

La filosofía clásica y cristiana, la formación de la conciencia, nos permiten descubrir cuándo podemos estar ante situaciones de este tipo y cómo podemos discernir lo que hay de verdad en un error, para comprender ese error y su atractivo, no para abrazarlo. Uno puede comprender el error, entender el mal moral, pero no debemos hacernos cómplices o indiferentes. En los capítulos siguientes seguiré proponiendo opciones, teniendo en cuenta que, muchas veces, aunque lo fundamental esté en una de las posibilidades, algo de verdad y de bien puede haber en la otra. De una u otra manera, incluso cuando optamos radicalmente —*aut, aut*—, al menos en el nivel de la comprensión intelectual y moral hay espacio para un *et, et*.